

Cocina, música y lirismo*

Juan Somolinos Palencia



Rossini (1792-1868)¹ fue un joven más joven que cualquiera, con una juventud mundana desplegada sobre el tiempo; su arte inagotable y la amenaza de una vida breve lo obligaron a ser precoz.

Sea por precocidad o una longevidad de 76 años, su secreto era apartarse de las luchas de lo clásico y lo romántico y darse al arte por el arte.

No obstante que el maestro asistió a una serie de revoluciones del gusto y la técnica teatral, vivió el momento del encuentro entre la ópera napolitana del 1700 y la ópera romántica de distintos conceptos.² Para “comprender” a Rossini, “hay que tomar al pie de la letra sus afirmaciones, en las que se describió como un amante del pasado, como un reaccionario, como un sobreviviente del *ancien régime*; declaraciones casi todas ellas formuladas durante los últimos treinta y cinco años de su vida.”³

“Escuchándolo estaríamos tentados a definirle como el último de los grandes maestros de la ópera “napolitana”, la ópera de los espléndidos convencionalismos, ópera confiada al puro placer del espectáculo, de la decoración y el artificio.”⁴

Rossini no se identificó con su época y sus expresiones musicales fueron ajenas al amor romántico que entonces prevalecía.

Su actitud era propia de un siglo anterior en donde los valores dejaban a un lado las pasiones para convertirse en cuestiones voluptuosas.

“A pesar de las contradicciones, la laboriosidad de Rossini era de una prodigiosa diligencia. En 1812 hizo representar no menos de seis óperas. Entre otras (en 1813) dos auténticas obras maestras: *La italiana en Argel* y *Tancredi*. Y (en 1816) *El Barbero de Sevilla* y *Otelo*. El prodigio residió en la genuina originalidad de cada una de estas óperas juveniles, las cuales habrían costado a otro compositor varios años de búsqueda.” Sabemos en cambio de las increíbles condiciones en que Rossini se veía reducido a trabajar por exigencias de los empresarios, que llegaron a encerrarle en una habitación para obligarlo a suministrar las hojas que, con la tinta fresca aún, pasaban a los ensayos ya iniciados”. No elegiríamos ninguno de estos contrastes, “pues la singularidad de Rossini se localiza precisamente en un juego de contraposiciones íntimo y constante, moviéndose entre tradición e innovación, entre convencionalismo y libertad creadora, entre espectáculo de huida y drama rico en tensiones morales y políticas.”⁶

Rossini ha sido objeto de muchos estudios biográficos, al grado de conocerse sus gustos musicales y los instrumentos de su preferencia, entre los cuales tenía un apego particular por el “*ottavino*” cuya música daba bellos efectos y complementaba las arias de las cantantes.

Su fama lo llevó a ser el primer personaje de Italia, la gente se aglomeraba para verlo e hizo muchas amistades, como el caso de Domingo Barbaia quien fuese un empresario conocido de su época, que modificó su carrera, al ofrecerle en 1815 un contrato prolongado con los teatros de Nápoles y Viena.

En su espíritu lírico las conversaciones de Rossini eran famosas por sus descripciones de largos viajes, y sus relaciones con otros artistas a lo que añadía: “Dicen que he tenido gran éxito con las mujeres; y os aseguro que no he elegido a las tontas. He tenido que sufrir singulares rivalidades y

*Leído en la sesión que la Academia Nacional de Medicina celebró el día 19 de agosto de 1992 para celebrar el bicentenario del nacimiento de Rossini.

gracias a mi nombre, me casé. En todas partes he tratado íntimamente a muchas personas que valían la pena".⁷

Rossini con su talento especial sólo respetó el genio y se le veía en las reuniones siempre haciendo reír a carcajadas como si fuese actor cómico. Vivaz, ligero, jamás apasionado y nunca aburrido Rossini parecía estar hecho para asombrar al público.

En algunas de sus biografías a Rossini se le acusa de ser muy holgazán, se dijo que era tan indolente que sus composiciones las escribía en la cama. Una anécdota en contra respondió a esta afirmación. Se cuenta que Rossini instalado en un cuarto frío de una posada de Venecia, donde para no tener que encender el calentador componía en la cama y escribía un dueto cuya composición se cayó de sus manos, el papel fue a parar debajo de la cama, quiso recuperarlo y prefirió reescribirlo en vez de incorporarse y sentir el frío de la habitación, finalmente tuvo dos duetos que le sirvieron para su obra *El hijo por azar* (1813).

Quizá valga reconstruir el ambiente donde se desenvolvía ya en plena madurez. Existen algunos relatos que nos lo mencionan cuando en 1855 viajó nuevamente a París.

Vivía en un departamento espacioso situado en un segundo piso de una casa de la Rue Chaussée d'Antin donde residió en invierno durante los años restantes de su vida. El departamento se adaptaba a su doble propósito de hogar privado y centro de reunión social. Tenía un amplio vestíbulo de acceso al gran salón, complementado por una sala familiar y una serie de dormitorios.

Las habitaciones y su mobiliario guardaban una peculiar organización. Una simetría que facilitaba el trabajo del maestro, con muebles dispuestos alrededor del cuarto que solía ocupar durante muchas horas diarias. Rossini aseguraba que el orden era necesario, decía que "el orden es riqueza" lo que demostraba que la disciplina en su habitación reunía la compatibilidad creadora y la conducta obsesiva.

El dormitorio de Rossini, donde a menudo recibía visitas, empujado o con su magnífica cabeza envuelta en un enorme pañuelo de colores, estaba colmado de chucherías, iconos y recuerdos en general: fotografías firmadas, muchas insignias y condecoraciones, una pequeña colección de instrumentos musicales, algunas armas de fuego y una jarra de tabaco de Escocia con cuernos de plata.

Hay distintos relatos acerca del estado de la habitación. Todo alrededor del dormitorio, junto a los instrumentos musicales las pelucas de Rossini colgaban de largas pértigas.

En 1864 un visitante norteamericano afirmó que había encontrado una mezcla de artículos sobre una de las mesas de Rossini: cepillos, peines, mondadientes y un tubo para fabricar macarrones. La impresión general es que prevalecía el orden.⁸

Rossini se esforzaba mucho cuando copiaba sus escritos, nunca se fatigó en perfeccionarlos, y a menudo los releía y si

cambiaba notas, acostumbraba borrarlas con un raspador, demostrando singular paciencia. Jamás se diría que un hombre de imaginación tan ferviente podría prestarse a esas minucias.

Si las habitaciones y condiciones de trabajo de Rossini estaban meticulosamente ordenadas, otro tanto podría decirse de su rutina diaria.

Normalmente se levantaba a las 8 y desayunaba con un bizcocho mojado en café o dos huevos tibios y una copa de clarete. Después del desayuno, Olympe, su mujer, le leía la correspondencia y si el tiempo lo permitía Rossini un auténtico *boulevardier* solía caminar o manejar su carruaje, y realizar algunas compras. De vez en cuando visitaba un círculo selecto de amigos, los Rothschild o la condesa Pillet Will. Rara vez almorzaba; pero a las 18:00 horas solía comer abundantemente.

Después de la merienda, Rossini echaba una siesta y a veces fumaba un cigarro; a las 20:00 horas escuchaba la lectura de los diarios y en ocasiones recibía a un reducido número de invitados a quienes se les solicitaba que se retirasen al dar las diez, hora que Rossini denominaba "*canónica*". Cenaba fuera de su casa y rara vez asistía a la ópera o a los conciertos. Llevaba un régimen razonable, que sin duda contribuyó a promover y mantener un periodo de relativa buena salud que disfrutó desde finales de la década de 1850 y principios de la de 1860.

Algo digno de recordar fue la costumbre de reunirse los sábados por la noche.

El primero de los *samedi soirs* fue celebrado el 18 de diciembre de 1858. Durante los diez años siguientes (la última velada fue el 26 de septiembre de 1868) los artistas, los políticos y los diplomáticos concurrían al salón de los Rossini en la rue de la Chaussée d'Antin para tratar con una constelación de talentos musicales y escucharlos.

Los programas de las veladas, muchos impresos formalmente, eran preparados con especial cuidado por el propio Rossini. Una parte considerable de la música le pertenecía, y algunas fueron piezas recién escritas. Además, a menudo se incluían obras de Pergolesi, Haydn, Mozart, Gounod y Verdi.

Aunque los Rossini recibían en privado hasta una docena de invitados, la tarde del sábado, las "veladas de gala", comenzaban entre las 8:30 y las 9 de la noche, y allí el público elegante podía servirse bocadillos, muchos de ellos provenientes de los regalos acumulados por Olympe, y que incluían quesos, aceitunas, pastas y vinos los cuales venían desde todos los rincones de Europa.

Acaso nos hemos alejado de nuestro propósito fundamental, pues se trata de encontrar en la vida de Rossini sus contribuciones a la gastronomía, algo que de alguna forma equilibró su existencia productiva, pues en el maestro se conjugaba la creatividad, la experiencia y la razón moral que le daban una grandeza inconfundible.